

LAUDIBUS URBIUM: CIUDADES ORIENTALES EN LIBROS DE VIAJE

MARÍA JOSÉ RODILLA

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Al hombre que cabalga largamente por tierras
agrestes le asalta el deseo de una ciudad.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

Las ciudades son los puntos privilegiados, las etapas importantes o las metas en los itinerarios de viajeros. Constituyen “verdaderos núcleos narrativos en torno a los que se organiza el resto del relato, la relación del viaje” (Pérez, “Estudio”, 225). En las rutas carentes de ciudades, el curso de la narración parece acelerarse, en cambio, la llegada a alguna ciudad importante “retarda el ritmo temporal y alarga considerablemente la narración” (Pérez, “Estudio”, 226), y esto es porque sobre lo narrativo, se impone lo descriptivo, lo que se conoce retóricamente como la *descriptio urbis*. La presencia de la ciudad supone un descanso en el camino que en los relatos se traduce en un remanso narrativo; el espacio lineal del itinerario parece desplegarse en un espacio totalizador y circular en las ciudades amuralladas. La descripción de una ciudad o de un puerto “se hace siempre conforme a un esquema compositivo fijo que se repite igual en todos los relatos, aunque con las correspondientes variaciones amplificativas” (Pérez, “Estudio”, 226). Así toda *descriptio civitatis* contempla una serie de rasgos fijos que se mantienen en la tradición: la situación geográfica, las fortificaciones,

el lugar ameno que la circunda, sus monumentos y los fundadores. Estos rasgos, más o menos desarrollados a través de la *amplificatio*, dan pie a las hipérboles, a las comparaciones con otras ciudades conocidas y a descripciones estereotipadas. Pero este remanso narrativo, en las ciudades orientales se convierte en un viaje estético por las maravillas arquitectónicas y en un espacio abierto, abigarrado, abarrotado de mercaderías, caravanas, naves y fustas, un conglomerado de viajeros y peregrinos que cambia radicalmente el ritmo y la tensión de la monotonía del camino, la descripción estéril de los desiertos, el cómputo de leguas y otros pormenores de los viajeros.

La mayor parte de las descripciones de ciudades construyen “la *imagen* por acumulación de calificativos hiperbólicos de sentido impreciso (*grande, bello, el más... del mundo*), en una especie de balbuceo que parece sugerir que el objeto está fuera del alcance del lenguaje, en la esfera de lo maravilloso” (Zumthor, *La medida*, 109).

Nuestros viajeros, que pertenecen a varias categorías del *homo viator*: un embajador, Ruy González de Clavijo; un hidalgo peregrino, Pero Tafur; un soldado-sacerdote-mercader, Pedro Ordóñez de Ceballos; y un misionero, Pedro Cubero Sebastián, hacen unas descripciones urbanas que parecen oscilar entre la

fascinación por la maravilla con la consiguiente búsqueda de palabras apropiadas para describirla y un conocimiento de la retórica panegírica.

Según recomiendan los *Excerpta rhetorica* del siglo IV, en el apartado de *laudibus urbium*, (Pérez, "Estudio", 227) la descripción debe hacerse conforme a los siguientes elementos, aunque no se siga el mismo orden:

- *Urbium laudem primum conditoris dignitas ornat.* la antigüedad y fundadores de la ciudad, por ejemplo, Darbant, de la que Cubero nos ilustra que fue fundada por Alejandro Magno.
- *De specie moenium locus et situs, qui aut terrenus est aut maritimus et in monte vel in plano:* su situación y fortificaciones, si es elevada, si es un puerto, si está amurallada. Las ciudades parecen tener como rasgo distintivo, en primer lugar, los indicios de poder, tanto eclesiástico como civil: fortificaciones, castillos en enclaves, torres, murallas o algunas cúpulas de mezquitas o iglesias, sobresalen para indicar al viajero un eje vertical que parece apuntar al cielo.
- *Tertius de fecunditate agrorum, largitate fontium:* la fecundidad de sus campos y aguas, los ríos que la circundan, los árboles frutales y productos de la tierra. En ocasiones, los viajeros se detienen a describir acueductos o canales por donde conducen el agua a la ciudad, las albercas de las huertas o la cantidad de fuentes.
- *Moribus incolarum:* las costumbres de sus habitantes, la vestimenta, las comidas, las fiestas de la nueva civilización que conocen y admiran. González de Clavijo en el XV y Pedro Cubero en el XVII describen, sobre todo, los gestos y las ceremonias de corte, el primero de Tamerlán, en la ciudad de Samarcanda, y el segundo, del Gran Sofí de Persia, en la ciudad de Casmín.
- *Tum de his ornamentis, quae postea accaserint:* sus edificios y monumentos, que en las ciudades orientales son mezquitas y palacios suntuosos cubiertos de oro y azulejos.

— *Si ea civitas habuerit plurimos nobiles viros, quorum gloria lucem praebeat universis:* sus hombres famosos, por ejemplo, González de Clavijo al pasar por Sanga, no puede evitar un recuerdo histórico sobre Darío, señor de dicha ciudad, y que, al mismo tiempo, son recuerdos que van ligados al tema de las ruinas y al esplendor del pasado.

Cada uno de estos aspectos que, en conjunto, constituyen el núcleo narrativo *descriptio urbis* permite, a su vez, las técnicas de la *amplificatio*, con la disculpa del viajero: "Mucho he detenido al lector en esta descripción, mas excusárame el ser de cosa tan celebrada en el mundo y que tanto engrandecieron los griegos" (Cubero, *Peregrinación*, 135); la *digressio*, usada para contar idolatrías, supersticiones y ceremonias extrañas; y la *abreviatio*, inmediatamente después de la *amplificatio* y la *digressio*, muy manida por nuestros viajeros que parecen tener conciencia del cansancio del lector por haber abundado demasiado en los detalles de la ciudad, en narrar leyendas, o por haber ponderado las maravillas arquitectónicas: "E estas dichas obras e otras muchas fueron bis-tas en esta iglesia que non se podrian contar ni escriuir tan en breue, ca tan grande es el edificio e obras marauillosas que en esta Iglesia ha, que ouiera para vn tiempo quanto vn omne pudiese mirar de cada dia E ver cosas nuevas" (González, *Embajada*, 48); "me mostró muchas cosas tales e tantas que sería largo de escrevir" (Tafur, *Andanzas*, 52); "Otras cosas podía notar de la Persia, mas por no cansar y por la brevedad, que he prometido, lo dejo al silencio para proseguir mi viaje" (Cubero, *Peregrinación*, 222).

Esta formulística de la *abreviatio* que abunda en los libros de viaje nos da la clave del proceso de escritura que llevan a cabo estos viajeros, en el que, sin duda, hubo una labor de selección de los apuntes y recopilaciones que hacían sobre la marcha.

Del corpus de ciudades de nuestros viandantes, destacaremos algunas importantes: Constantinopla

es la ciudad obligada para los peregrinos que van a los santos lugares, por cuanto se custodian las preciadas reliquias que Santa Elena trajo de Jerusalén y por ser el comienzo del esplendor de las riquezas del Oriente. Ruy González de Clavijo, en la *Embajada a Tamorlán* (1403-1406), para la descripción de Constantinopla acude a otro tópico: el del “cultivo del arte y de la ciencia” que en la Edad Media adquirió “un sentido eclesiástico: el mérito mayor de una ciudad son ahora sus mártires (y las reliquias de los mártires), sus santos, sus príncipes de la Iglesia y sus teólogos” (Curtius, *Literatura*, 228). Para el embajador, los capiteles, mosaicos, mármoles, reliquias y otros tesoros son tan importantes que priman sobre la ciudad y sus exteriores; visita al menos diez iglesias, cuyos interiores describe pormenorizadamente y después de muchas páginas procede a la descripción retórica de la ciudad: fortificaciones, medidas, la mitad de la urbe despoblada y con labranzas y huertas, porque el bullicio está frente al mar, donde se sitúan las casas de comercio y los almacenes; los edificios, iglesias, monasterios, sus ruinas; las fuentes y pozos de agua dulce para regar sus huertas. Llama su atención, en medio de una de las plazas, un lugar de castigo, un cepo. Las ciudades son comparadas con un referente conocido: Constantinopla es como Sevilla y Pera como Triana. En el paso por otras ciudades y puertos donde descansan, aunque no los describa en detalle, se permite una pequeña *digressio*, puramente informativa, Calmarin es la primera ciudad que fue hecha en el mundo después del Diluvio y fue edificada por el linaje de Noé. Pero donde verdaderamente la *digressio* deja a un lado la información y la historia y adquiere tintes de literariedad es en las ciudades de Tabriz, Soltania y Ormuz, ciudades de mercaderías de especias, sedas, algodones teñidos de colores, tafetanes y cendales que, a su vez, evocan otras ciudades y puertos de donde provienen y el relato parece colmarse de voces lejanas gracias a la *enumeratio* de mercancías, cuyo clímax se alcanza con las piedras preciosas

y el aljófar, traído de Catay y “horadado” y “adobado” en la ciudad de Ormuz.

Para la descripción de Samarcanda procede igual que con Constantinopla, primero describe los interiores de casas, tiendas y palacios, los patios con fuentes y albercas, los lujosos decorados de paredes, arcos, bóvedas, pisos y techos y después de muchas sedas, alfombras, almadraques, retablos, bordaduras de hilo de oro, piedras preciosas y otras maravillas, pasa al exterior de la ciudad y sus barrios ordenados en calles y plazas, los mercados con techos abovedados, las fuentes, los huertos y la abundancia de carnes y frutos, pero sobre todo le impresiona el comercio reglamentado. En la descripción de Samarcanda es en una de las mínimas ocasiones en que aparece la marca personal del yo narrativo o informativo, frente al plural que engloba a todos los embajadores, con el que se narra el relato.

Al contrario que otros viajeros que fácilmente pueden describir las ciudades o disertar sobre su historia por la cultura libresca, de tal manera que estas descripciones podrían llegar a ser intercambiables de un libro de viajes a otro, González de Clavijo reproduce su propia experiencia asombrada ante el esplendor de la ciudad porque tiene el privilegio de ver, entre muchas otras maravillas, una caravana que ha llegado de Catay con 800 camellos cargados de mercancías chinas.

Pero Tafur, en *Andanzas e viajes de un hidalgo español* (1436-1439) después de visitar Constantinopla, para cuya descripción recurre al tópico de la afectada modestia y al de la *laudatio urbem*, con el encomio de su historia, sus leyendas, los monumentos, las reliquias y su fama, permanece en los Santos Lugares, pletóricos de reliquias, a las que dedica una parte considerable de su relato, y luego llega al puerto y ciudad fluvial de Damiata, donde el río Nilo, “que procede del Parayso terrenal, entra en el Mar Mediterráneo”. Además de la clásica comparación con ciudades conocidas, esta vez, con Salamanca, por su tamaño, cuenta de los productos de la tierra,

pan, uvas y toda clase de frutas; su situación y fortificación, llana y sin castillo, y su clima muy caliente, pero ahí corta su esquema retórico para hacer una suerte de bestiario del Nilo: las comadreas o ratas del faraón, las palomas mensajeras, los cocodrilos o cocatrices, los búfalos, los hipopótamos, las codornices y todos ellos con sus respectivas digresiones que le permiten contar la manera de cazar a cada uno. Sin embargo, su mejor descripción urbana es la de Babilonia o El Cairo y su tráfico comercial de bazares y vendedores ambulantes con sus braseros y ollas de guisado a cuestras, fruteros y aguadores que llevan el agua en camellos o asnos y gritan sus mercancías, además de:

unos onbres con un espejo de alinde colgado de los pechos, e estos son los barveros que rapan las cabeças e los colodrillos a los moros, e van dando voces por las calles; andan otros negrillos de fasta diez años ó doze, e van ansí mesmo dando voces: ¿quién quiere rapar?, e estos son los que sirven a las dueñas en aquello que ellas en los baños suelen alimpiar

(Tafur, *Andanzas*, 70-71)

Tafur no describe las ciudades, como otros, desde una perspectiva lejana, es un viajero que se integra a la ciudad, siente el bullicio, huele los perfumes y las especias, come y bebe por las calles, contempla los desfiles y participa en las honras y ceremonias del Soldán de Egipto.

Pedro Ordóñez de Ceballos, en *Viaje del mundo* (1563-1602), recurre a los tópicos retóricos para la descripción de Ormuz, pero para negarlos: ciudad pequeña, aislada, carente de agua e hierbas, la comida llega de fuera, sin embargo, alude a sus edificios suntuosísimos y a su fuerte muralla; la escasez de sus campos y aguas se justifica inmediatamente por la riqueza de su comercio, por los dos mil navíos de sus puertos y por el sueño de Oriente, que le lleva a generalizar sobre la isla repleta de “oro y otras piedras” e incluso a hacer explicaciones metafóricas: “Es la ciudad de quien se dice que si todo el mundo fuera

un anillo fuera Ormuz la piedra” (Ordóñez, *Viaje*, 431).

Las otras dos ciudades importantes en sus itinerarios marítimos: Goa y Malipur no son objeto de descripción retórica. Si atendemos al esquema propuesto por el formalista ruso Trubetzkoï (Popeanga, “El discurso”, 162), según el cual los libros de viaje se articulan en partes descriptivo-estáticas y dinámico-narrativas, el relato de Ordóñez no las separa tajantemente como otros viajeros; la llegada a algún puerto o ciudad, como Goa o Malipur, no supone un remanso que le permita describirlas o indagar en su historia, sino que prefiere acudir a la *enumeratio* para dar rápidamente cuenta de los conventos y detenerse en lo que verdaderamente le interesa, las riquezas de Oriente, la piedra girasol, las minas de oro y pedrería, las rentas del rey de Malipur, sus aduanas y portazgos. Y todo ello mezclado con las partes dinámico-narrativas con sus problemas particulares para desembarcar, obtener licencias y salvoconductos. Ordóñez hace uso de un discurso epidéictico en alabanza tanto de los padres de la Compañía de Jesús, como de los valientes portugueses, además de una serie de técnicas que demuestran su conocimiento de la retórica al describir la ciudad de Malaca: antigüedad, templos, clima, abundancia de frutas y una maravilla, un árbol cuyas raíces de la parte del Poniente son ponzoñosas y las del Oriente, medicinales y el contraveneno. Son tantas las riquezas y el intercambio que de ellas se hace en Malaca: oro, pedrería, seda, plata, sándalo, nuez moscada y “mucho especería”, que la encomia como “una de las ciudades mejores que tiene el orbe”. Sin embargo, en el puerto y ciudad de Cantón, más que ajustarse al esquema retórico, su deseo de conocer la ciudad es el que le dicta las palabras y alabanzas. Divisada sólo desde el navío y con la ansiedad de participar de su efervescencia mercantil, dice “daba dos mil pesos porque me dejaran saltar a tierra y ver aquella ciudad, pero no hubo orden” (Ordóñez, *Viaje*, 173), se conforma entonces con describirla a distancia, de lo

general a lo particular: el muelle y las casas, los capiteles de hoja de lata dorada y plateada, la cantería y las rejas, y con aureolarla de adjetivos hiperbólicos: “la más bella”, “el mejor del mundo”, “la cosa más singular”, “cosa tan hermosa”. Igualmente, se permite digresiones sobre las costumbres de las mujeres de atarse los pies con vendas, de ir tapadas en sillas de manos o se hace informar sobre las prostitutas: “Señaláronme desde el navío un barrio fuera de la ciudad, que me pareció ser todas las casas sin altos, y me dijeron que allí vivían las mujeres malas y que por minuta había diez y siete mil trescientas y que todas eran esclavas del rey” (Ordóñez, *Viaje*, 173). Su deseo de conocer se trasluce frecuentemente en su relato porque continuamente demanda noticias de lo que no puede visitar: “ciudades grandísimas que hay en aquella provincia, cuyo número de vecinos es tan grandioso que parece casi imposible” (Ordóñez, *Viaje*, 411).

El último viajero, el misionero Pedro Cubero Sebastián, en su obra *Peregrinación del mundo* (1680) tiene un discurso semejante al de Ordóñez, aunque para él las riquezas comienzan ya en Constantinopla con los detalles que da sobre las mesas donde comía el Gran Turco, una de plata y otra de oro “esmaltada con riquísimas piedras orientales” (Cubero, *Peregrinación*, 129). La *enumeratio* le permite englobar a cada una de las mezquitas de Constantinopla, aunque su interés está en averiguar, como Ordóñez, sobre las riquezas de las mismas: en la mezquita del Sultán Solimán, dicen “se hallan más de dos millones de oro”, pero la que verdaderamente le interesa es la de Santa Sofía, para cuya descripción hace uso de la *amplificatio* “que por ser obra tan soberbia [...] extenderé algo mi pluma” y así describe un monumento utilizando el mismo esquema de *laudibus urbium*: situación, fundador, hombres famosos, constructores, digresiones de su historia, las diferentes etapas de su construcción, el incendio o los temblores que padeció, medidas interiores, descripción exterior, etc.

Para las ciudades también usa los tópicos negándolos, de tal manera que la alabanza se convierte en vituperio. Unas veces describe las ciudades de una manera repugnante, como Astracán, a la orilla del Volga, estéril en frutos de la tierra, poco habitada, sus aires son hediondos por el pescado que secan al sol, “de donde se originan tantas moscas y moscones, y otras sabandijas, que es horror andar por la ciudad: y la gente toda está descolorida y con sarna: con que toda la ciudad parece un hospital general. Esto es cuanto puedo hablar de lo asqueroso de la ciudad” (Cubero, *Peregrinación*, 193). Otras veces, la ciudad se le aparece hundida y tragada por la tierra por algún temblor, como Chamake; o carece de agua, como Ardibil y Laar; o sus palacios son de tierra, bajos y de mala proporción, como Casmín; pobre, arruinada, sucia como Syras, la antigua Persépolis. Sin embargo, no todo es negativo, porque en todas las ciudades de Persia se toca el tema de las riquezas: Astracán es la puerta por donde entran las telas y sedas de Persia y Chamake “es la ciudad más rica de seda, que tiene toda la Armenia”.

Casi todos los viajeros de nuestro corpus han acudido a la *digressio* para apuntar alguna costumbre de sus habitantes, pero Cubero es el único que describe la raza: los habitantes de Surat son “de color de membrillo cocho: pero no de mal gesto: mujeres, y hombres van desnudos hasta media cintura por el gran calor, que allí hace. Llevan pendientes muchas arracadas, y gargantillas de oro: los labios, y narices los llevan horadados y en ellas llevan algunos zarcillos de oro” (Cubero, *Peregrinación*, 235).

Otro tema muy tratado por los viajeros y especialmente por nuestro misionero del XVII, es el de las ruinas. Ormuz, por lo que queda de ella parece haber sido la Venecia de Arabia y Manila, por los restos de sus edificios, la ciudad más hermosa de Asia. La gloria y las riquezas de antaño son evocadas ya sea a través del *ubi sunt* o citando los versos de Marón sobre la ruina y destrucción de Troya: *Urbs antiqua ruit, multos dominata per annos*, se lamenta

Cubero ante la antigua ciudad de Calamina (Cubero, *Peregrinación*, 255).

En este proceso de construcción de la ciudad para el lector, como hemos visto, el panorama abarca no sólo el presente, sino también la historia de sus conquistas, sus ruinas, su pasado. Nuestro corpus de viajeros por ciudades del Oriente del XV al XVII presenta unas diferencias contradictorias y significativas, si atendemos a las profesiones de estos viatores: los dos medievales, el embajador González de Clavijo y el peregrino Tafur, sin dejar de lado las riquezas, aprecian más las reliquias y dedican mucho más espacio en sus relatos a las historias de santos y mártires que visitaron o padecieron en los parajes que van recorriendo; en cambio, los de profesión religiosa, los misioneros Cubero y Ordóñez, describen también las iglesias y las reliquias, pero siempre en función de las riquezas que contienen, llegando en muchas ocasiones a valorarlas explícitamente. En el mundo de los viajeros medievales conviven el miedo y los riesgos del camino, la búsqueda de lo maravilloso y la llegada a la ciudad para tocar los objetos y visitar los espacios sagrados; para los viajeros posteriores, pesa más el sueño de las riquezas de Oriente y en sus líneas se entrevé la frustración del mito, de ahí que las descripciones sean, en ocasiones, negativas y que hagan uso de los tópicos para negarlos porque esperan ciudades deslumbrantes y encuentran suciedad y miseria.

La llegada en camello, caballo o barco a alguna ciudad cambia la perspectiva de cada viandante. Algunos, como Tafur, viven, sienten y forman parte del mapa urbano; otros, como Ordóñez, la acarician con el deseo y la contemplan a distancia. El esquema retórico es respetado por nuestros viajeros y muchas

bellezas pueden repetirse de una ciudad a otra, precisamente esa redundancia es la que permite fijar los tópicos, pero en la mirada de cada viajero resalta la diferencia, la maravilla inefable que no puede ajustarse a ningún corsé.

BIBLIOGRAFÍA

- CUBERO SEBASTIÁN, PEDRO, *Peregrinación del mundo*, Madrid: Miraguano/Polifemo, 1993 (Biblioteca de viajeros hispánicos, 10).
- CURTIUS, ERNST ROBERT, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2 vols., trad. de Margit Frenk y Antonio Alatorre, México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- GONZÁLEZ DE CLAVIJO, RUY, *Embajada a Tamorlán*, est. y ed. de Francisco López Estrada, Madrid: CSIC, 1943 (Nueva Colección de Libros Raros y Curiosos).
- MOLLAT, MICHEL, *Viajeros y exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, trad. de Ligia Arjona, México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, PEDRO, *Viaje del mundo*, Madrid: Miraguano/Polifemo, 1993 (Biblioteca de viajeros hispánicos, 8).
- PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL, "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *Epos*, I, 1984, 217-239.
- POPEANGA, EUGENIA, "El discurso medieval en los libros de viajes", *Filología Románica*, 8, 1991, 149-162.
- TAFUR, PERO, *Andanzas y viajes de un hidalgo español*, ed. de Marcos Jiménez de la Espada, Madrid: Miraguano/Polifemo, 1995 (Biblioteca de Viajeros Hispánicos, 13).
- ZUMTHOR, PAUL, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, trad. de Alicia Martorell, Madrid: Cátedra, 1994.